



La Guerra de Gaza: cómo el lenguaje de destrucción sobre Israel y los palestinos pasa por alto la tragedia más amplia del Estado-nación¹

John Agnew²

Recibido: 18 de mayo de 2024 / Aceptado: 11 de junio de 2024

Resumen. En la guerra mundial de la opinión pública sobre la Guerra de Gaza de 2023-24, y más específicamente en los campus universitarios estadounidenses, las complejidades históricas de la situación geopolítica se han reducido a lemas sobre el “derecho” absoluto de un bando u otro para no sólo ignorar sino también destruir potencialmente al otro. Así, el eslogan “Del río al mar Palestina será libre” se interpreta fácilmente en el sentido de que recomienda la expulsión o destrucción de los aproximadamente siete millones de residentes judíos actuales de la zona y al equiparar al grupo islamista Hamás con todos los palestinos como merecedores de ser eliminados hace la misma reivindicación nihilista en el otro lado. La historia es más compleja. Al crear un Estado, Israel, que pudiera ser un refugio de la persecución de un grupo muy disperso, los judíos podían quedar protegidos de la animadversión y las consecuencias de un antisemitismo histórico. Al hacerlo, por supuesto, cualquier futuro político colectivo palestino estaría en peligro inevitablemente para la población predominante históricamente en la zona. Por lo tanto, las reclamaciones contrapuestas sobre el mismo territorio que esto implica no pueden resolverse simplemente adoptando un “lenguaje mejor”. La guerra lingüística confunde el verdadero problema que nos ocupa: tanto israelíes como palestinos son herederos de la lógica del (etno)Estado-nación territorializado importada de la Europa del siglo XIX. Este hecho señala la tragedia del Estado-nación que representa la guerra de Gaza. Compartir el espacio político es imposible de comprender si se está bloqueado en esta lógica.

Palabras clave: guerra de Gaza; Israel; Palestina; Estado-nación; territorio.

[en] The Gaza War: How the Language of Destruction about Israel and the Palestinians Misses the Larger Tragedy of the Nation-State

Abstract. In the worldwide war over public opinion about the 2023-24 Gaza War, and more specifically on US university campuses, the historical complexities of the geopolitical situation have been reduced to slogans about the absolute “right” of one side or the other to not only ignore but potentially also destroy the other. Thus the catchphrase “From the River to the Sea Palestine will be Free” is easily interpreted as recommending the removal or destruction of the seven million or so current Jewish residents of the area and equating the Islamist group Hamas with all Palestinians as deserving of elimination makes the same claim for nihilistic destruction on the other side. The history is more complex. In creating a state, Israel, that could be a refuge from persecution of a widely dispersed group, Jews could be shielded from the animus and consequences of a historic anti-Semitism. In doing so, of course, any

¹ Este artículo ha sido escrito originalmente en inglés por el autor. La traducción es de Adela Despujol.

² Distinguished Professor of Geography, University of California Los Angeles (UCLA) (Estados Unidos).
Email: jagnew@geog.ucla.edu
<https://orcid.org/0009-0000-1266-1664>

Palestinian collective political future would necessarily be compromised for the longstanding historically predominant population in the area. So, the competing claims to the same territory this thereby entails cannot be resolved by simply adopting “better language.” The language war confuses the real issue at hand: Israelis and Palestinians alike are inheritors of the logic of the territorialized (ethno-) nation-state imported from nineteenth-century Europe. This points to the tragedy of the nation-state that the Gaza War represents. Shared political space is impossible to comprehend while locked into this logic.

Keywords: Gaza war; Israel; Palestine; Nation-State; territory.

[pt] A Guerra de Gaza: Como a linguagem de destruição sobre Israel e os palestinos ignora a tragédia mais ampla do Estado-nação

Resumo. Na guerra global da opinião pública sobre a Guerra de Gaza de 2023-24, e mais especificamente nos campi universitários americanos, as complexidades históricas da situação geopolítica foram reduzidas a slogans sobre o “direito” absoluto de um lado ou de outro de não apenas ignorar, mas também potencialmente destruir o outro. Assim, o slogan “Do rio ao mar, a Palestina será livre” é facilmente interpretado como recomendando a expulsão ou destruição dos cerca de sete milhões de atuais judeus residentes na área e equiparando o grupo islâmico Hamas a todos os palestinos como merecedores de eliminação. faz a mesma afirmação niilista do outro lado. A história é mais complexa. Ao criar um Estado, Israel, que pudesse ser um refúgio da perseguição de um grupo amplamente disperso, os judeus poderiam ser protegidos da animosidade e das consequências do antisemitismo histórico. Ao fazê-lo, é claro, qualquer futuro político coletivo palestino colocaria inevitavelmente em risco a população historicamente predominante da área. Portanto, as reivindicações concorrentes ao mesmo território que isto implica não podem ser resolvidas simplesmente através da adoção de uma “linguagem melhor”. A guerra linguística confunde o verdadeiro problema em questão: tanto os israelitas como os palestinos são herdeiros da lógica do (etno)estado territorializado importado da Europa do século XIX. Este fato aponta a tragédia do Estado-nação que a guerra de Gaza representa. É impossível entender o compartilhamento do espaço político se estivermos bloqueados nesta lógica.

Palavras-chave: Guerra de Gaza; Israel; Palestina; Estado-nação; território.

Sumario. Introducción. 1. El contexto geopolítico. 2. El lenguaje de la destrucción. 3. La combinación. 4. La combinación de términos *versus* su historia real. 5. Algunos ejemplos de antisemitismo/prosionismo y nacionalismo populista contemporáneos. 6. La tragedia del Estado-nación. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Agnew, J. (2024). La Guerra de Gaza: cómo el lenguaje de destrucción sobre Israel y los palestinos pasa por alto la tragedia más amplia del Estado-nación. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 15(1), 17-32. <https://dx.doi.org/10.5209/geop.96492>

Introducción

El ataque de Hamás desde Gaza al sur de Israel el 7 de octubre de 2023 y la respuesta militar del gobierno de Israel bombardeando Gaza han dado origen a muchas conversaciones populares en Israel, Estados Unidos y Europa sobre el antisemitismo tanto de quienes defienden a Hamás como de quienes condenan los posteriores bombardeos, la invasión de Israel y la pérdida masiva de vidas en Gaza. La afirmación es que estas posiciones son totalmente equivalentes no sólo a la hostilidad hacia la idea de un Estado judío (antisionismo) sino hacia todo el pueblo judío dondequiera que esté (antisemitismo). De hecho, algo llamado “nuevo antisemitismo” (escrito en

inglés como sustantivo común) ha sido acuñado específicamente para combinar los dos (Klug, 2004). Los islamistas de Hamás sí que suelen combinar el antisemitismo con el antisionismo en sus declaraciones públicas (véase, por ejemplo, Rosenberg, 2023), pero a cualquier crítico de las políticas israelíes ahora se le atribuye la misma acusación. Este lenguaje definitivamente desvía la atención del problema (Smith, 2024). Mientras tanto, la gente muere a medida que resuenan las afirmaciones sobre la condición de Estado. El conflicto entre Israel y los palestinos es inmanejable debido en gran parte a las reivindicaciones opuestas sobre el mismo territorio: Israel *versus* Palestina (véase, por ejemplo, Pinsky, 2024). Usar un “lenguaje mejor” no lo resolverá. Pero el lenguaje ciertamente hace que la resolución, como la partición efectiva o el reparto del poder, sea más difícil. En particular, la confusión entre los dos términos convierte el cuestionamiento de las acciones del gobierno de Israel en Gaza en un sentimiento de culpa colectivo para los no judíos por la larga y triste historia de las teorías de la conspiración sobre el pueblo judío (desde los “asesinos de Cristo” hasta las maquinaciones de los Rothschild y George Soros) debido a su existencia como minoría discriminada diseminada en lugares dominados por poblaciones y gobiernos cristianos y musulmanes. Se considera que esta situación procede de pogromos y expulsiones, se basa en libelos de sangre y supuestos complots para perjudicar o derrocar regímenes de gobierno existentes, hasta el Holocausto. Ahora que el pueblo judío tiene su “propio” Estado, cualquier crítica a Israel se atribuye al antisemitismo. Ser judío y ser israelí, por tanto, también se fusionan. Los manifestantes “pro-palestinos” son entonces tratados con el mismo rasero. Sin embargo, también están utilizando consignas como “Del río al mar Palestina será libre” para hacer que la acusación de mezclar antisemitismo (ser antijudío) y antisionismo (ser antiisraelí) sea algo más que un poco plausible.

1. El contexto geopolítico

En todo este “análisis” no se ha prestado mucha atención al contexto geopolítico contemporáneo y en qué se diferencia del contexto de hace diez años. En primer lugar, Israel es un Estado moderno que depende considerablemente del apoyo político y militar de los gobiernos estadounidenses en una región en la que hasta hace poco era considerado un paria. Esto se debe en parte a la culpa histórica por el Holocausto de Estados Unidos y Europa, pero también, y en mayor medida, a la influencia de grupos proisraelíes en la política estadounidense —no sólo judíos sino también cristianos sionistas que interpretan la existencia moderna de Israel como la realización de la profecía bíblica—. Durante gran parte de su existencia como Estado reconocido desde 1948, Israel se enfrentó a vecinos hostiles como Egipto, Siria y Jordania, que lo veían como una amenaza para ellos y cuyo interés en los palestinos era presumiblemente secundario respecto a sus propias fronteras territoriales y sus alianzas geopolíticas más amplias. Si los estadounidenses y europeos de mayor edad recuerdan al Israel que estaba rodeado de Estados enemigos ansiosos de actuar, los más jóvenes ven un Israel militarmente poderoso que parece decidido a infligir el máximo de bajas a sus enemigos palestinos en lugar de adoptar una estrategia militar que pudiera conducir a mejores resultados para todos los involucrados (Hill, Piper, Kelly y Ley, 2023; Bump, 2024a) Esta diferencia generacional ahora proyecta una sombra sobre la relación entre Estados Unidos e Israel, ya que muchos de los

votantes estadounidenses más jóvenes cuestionan el apoyo ilimitado que los gobiernos estadounidenses han brindado durante mucho tiempo a los gobiernos israelíes, independientemente de su ideología y comportamiento (véase, por ejemplo, Luce, 2023a). Al mismo tiempo, el devastador número de víctimas entre la población civil de Gaza probablemente aumentará el reclutamiento de yihadistas islámicos (como el Estado Islámico o Al Qaeda) tanto a nivel local como a nivel más amplio (*Economist*, 2024).

En segundo lugar, durante los últimos diez años, y con el aumento de la influencia de Irán en toda la región, en parte debido al fracaso de las invasiones estadounidenses de Irak y Afganistán para sofocar varias corrientes del islam radical y el patrocinio iraní de islamistas de diversas tendencias (como Hamás), algunos de los Estados árabes han ido aceptando entablar relaciones “normales” con Israel, tanto para contrarrestar a Irán como para apaciguar las preocupaciones estadounidenses. Por lo tanto, la “causa” palestina se ha sacrificado cada vez más, aún cuando anteriormente habían sido escasas las iniciativas para buscar algún tipo de solución territorial, en aras de objetivos geopolíticos más amplios. A nivel mundial, también está en marcha una lucha para determinar si un mundo más integrado económicamente dará lugar a uno más integrado políticamente o retrocederá a un mundo de rivalidades interimperiales (véase, por ejemplo, Agnew, 2023a; Friedman, 2024). La invasión rusa de Ucrania en 2022 (véase, por ejemplo, Agnew, 2023b; Dixon, 2024; y en este número de la revista, Megoran, 2024) y las pruebas de la disminución de la colaboración internacional en materia de comercio y otras cuestiones indican que la guerra de Gaza coincide con esta última tendencia (Agnew, 2023a). En Israel, a pesar de que los gobiernos recientes abrieron la puerta a una postura geopolítica menos aislacionista dentro de la región, la población del país también se ha dividido cada vez más respecto a su “naturaleza” como Estado. La creciente influencia de un sionismo religiosamente mesiánico ha dado origen a iniciativas tales como definir a Israel indiscutiblemente como un “Estado judío”, aunque haya grandes grupos árabes musulmanes, cristianos y drusos y muchos judíos israelíes consideran que el país está en una situación potencialmente menos etno-sectaria (Avishai, 2023; Ahituv, 2024). El carácter del sionismo es el de un objetivo en movimiento más que una esencia permanente. Este contexto geopolítico general y complejo es el marco necesario para comprender las limitaciones de la guerra lingüística que predomina en la actualidad.

2. El lenguaje de la destrucción

Establecer un vínculo directo entre el antisemitismo y el antisionismo es intrínsecamente problemático (ver, por ejemplo, Finkelstein, 2020; Schneer, 2010; Paul, 2023; Neiss, 2021; Beinart, 2023; Serwer, 2023; Moser, 2024). No era sólo que en contextos cristianos se afirmara que los judíos hubieran “rechazado a Jesús” como el Mesías, sino que desde el siglo XV en adelante la presencia misma de judíos había perjudicado la homogeneidad étnico-racial de los Estados-nación europeos en desarrollo. En este marco, fue la falta de su propia patria real lo que siempre supuso el principal estímulo para el antisemitismo, especialmente una vez que los judíos pudieron participar más abiertamente en la vida política de los países donde vivían después de la Ilustración europea (Finkelstein, 2020; Schneer, 2010). Como bien sabían los fundadores del proyecto sionista a finales del siglo XIX, era el

antisemitismo europeo el que necesitaba la búsqueda de una patria judía —aunque no necesariamente dónde terminaría estando— (Zonszein, 2019). Ve a otro lugar, a cualquier lugar menos éste. El antisemitismo moderno no es simplemente un prejuicio social contra los judíos, sino una teoría conspirativa sobre cómo funciona el mundo (véase, por ejemplo, Rosenberg, 2022; Rothschild, 2023). No sólo el odio a los judíos como personas sino su asociación como raza extranjera con diversos proyectos políticos liberales, cosmopolitas e internacionales formaba parte del significado original del término acuñado en 1879 por el periodista alemán Wilhelm Marr, que era él mismo un orgulloso antisemita (Klug, 2004). Así fue cómo un término asociado durante mucho tiempo con un grupo lingüístico (que incluía el hebreo y el árabe) se atribuyó más específicamente al pueblo judío. Los documentos históricos sugieren que los sentimientos que el término formalizaba en ese momento habían existido durante mucho tiempo antes de su aparición. A la sospecha de cómo podía persistir una diáspora generalizada en ausencia de poderes demoníacos se añadió más tarde la perspectiva de una conspiración mundial en la que los judíos fueron acusados de ser agentes contrarios a los intereses de los Estados-nación específicos en que vivían. El caso Dreyfus en Francia en la década de 1890 planteó el fantasma del judío desleal que conspiraba con los enemigos del momento contra la patria. Este fue el antisemitismo que finalmente condujo a las cámaras de gas.

Hoy, como en el pasado y en todo el mundo, los más prosionistas suelen ser los nacionalistas populistas —y, paradójicamente, aquellos que todavía tienen tendencias antisemitas más definidas—. Sus tendencias antiislámicas no hacen más que reforzar su prosionismo. Pensemos en Trump en Estados Unidos, Orbán en Hungría y Salvini en Italia, sólo tres líderes de movimientos nacionalistas populistas contemporáneos obsesionados con la forma en que los inmigrantes están destruyendo sus sociedades étnicamente homogéneas, y que son conocidos por hablar de “los judíos” en bloque, como grupo, cuyos poderes eran muy superiores a su número. Estos poderes incluirían varios “diseños” para alentar la inmigración a sus países. Sin embargo, también afirman admirar y apoyar a Israel. Entonces, al asociar el antisemitismo con el antisionismo no sólo se pasa por alto esta conexión fundamental histórica y continua, sino que se atribuyen erróneamente al antisemitismo todas las acciones que pueden interpretarse como antisionistas. Este hecho es políticamente invalidante porque convierte cualquier crítica a los gobiernos de Israel en afirmaciones de destrucción de todo el pueblo judío en todas partes. Lo que no quiere decir que el antisionismo no pueda a veces estimular el antisemitismo. Se ha puesto de manifiesto en algunas protestas propalestinas en los campus universitarios de Estados Unidos y en el espectacular aumento de incidentes que parecen indiscutiblemente antijudíos en Estados Unidos y Europa, como las esvásticas pintadas en sinagogas y en otras instituciones judías (véase, por ejemplo, Hortocollis y Saul, 2023; Chotiner, 2023a; Schwabsky, 2023). La cuestión es que, históricamente, la relación causal efectiva suele ser la opuesta a la de la interpretación que predomina actualmente.

Después de un breve análisis de la forma en que tienden a asociarse actualmente el antisemitismo y el antisionismo, paso a ocuparme de lo intratable que es, en general, el conflicto entre Israel y Palestina. Luego me centro en la historia de la vinculación de las dos expresiones y argumento hasta qué punto están relacionados entre sí el sueño de un Estado enteramente judío y el antisemitismo europeo. Concluyo con la afirmación de que los espacios políticos compartidos son imposibles cuando,

como ocurre con gran parte del nacionalismo populista contemporáneo en todo el mundo —y por tanto no sólo en Israel—, los Estados se definen plenamente en relación con la soberanía territorial ejercida por grupos únicos etnonacionales o sectarios.

3. La combinación

Comienzo con una historia extraña y, a primera vista, marginal. Tengan paciencia conmigo. En 2014, mi amigo y colega James Anderson me llevó a un viaje por Falls Road en Belfast para visitar una urbanización que había persistido como enclave protestante en un barrio mayoritariamente católico. El aspecto más fascinante y sorprendente para mí fue que los lugareños habían colocado banderas israelíes en postes telefónicos alrededor del borde de su enclave y que el vecindario circundante había respondido con banderas palestinas. Las simpatías de ambas partes eran claras. Eran sustitutos de su propio conflicto.

Figura 1a. Banderas israelíes en Shankill Road, en el Belfast protestante



Autora: Irene Piedrahita. Publicadas en <https://hacemosmemoria.org/2024/04/10/belfast-y-la-memoria-de-sus-fronteras/>

Hablando con los lugareños, la identificación con Israel se debía a su condición de colonos que se consideraban superiores a los nativos. Pero también había un

indicio de que también eran intrusos, como se consideraban evidentemente en el oeste de Belfast: que su reivindicación territorial era frágil. ¿Cómo podrían multiplicar su presencia en circunstancias demográficas y políticas que suponen un reto? El prosionismo era obvio. Sin embargo, se basaba en una analogía dudosa. Algunos protestantes del Ulster se han definido a sí mismos como uno de los pueblos de Dios, al igual que el pueblo judío y algunos otros grupos —incluidos los nacionalistas cristianos estadounidenses— (véase, por ejemplo, Akenson, 1992). Esta reivindicación permite que un grupo de colonos se considere con el derecho, por mandato religioso, de ocupar un territorio determinado sin importar quién pueda haber en ese lugar.

Figura 1b. Bandera palestina en Falls Road, un conocido sector católico de Belfast



Autora: Irene Piedrahita. Publicadas en <https://hacemosmemoria.org/2024/04/10/belfast-y-la-memoria-de-sus-fronteras/>

Así, el asentamiento colonial comenzó dentro de Europa con el desarrollo de los Estados-nación, no solo con colonias al otro lado de sus fronteras, e independientemente de cuándo se sitúe el proceso (véase, por ejemplo, Bartlett, 1993; Hobsbawm, 2012). Historias coloniales similares son evidentes en otros lugares, como China y Rusia. De hecho, lo que realmente inspiró la exhibición de la bandera de Belfast es la sensación de ser colonos asediados que se identifican con un régimen duro con los “nativos”. Pero, además, es totalmente falsa la historia de trato discriminatorio y genocidio en la diáspora sobre la que se ha basado la legitimidad del sionismo y sobre la que ha apoyado sus objetivos. Los protestantes fueron los que más discriminaron en Belfast, al menos hasta hace poco, y no al revés. Por consiguiente, sin el antisemitismo previo —una historia de discriminación de un grupo diseminado

geográficamente frente a un grupo concentrado—, la analogía directa con el prosionismo que han hecho estos colonos no tiene sentido. Es la experiencia judía previa de discriminación y opresión basada en las ideas falsas que tramaban las poblaciones vecinas lo que justifica el sionismo.

No se podría saber esto por la forma en que la terminología ha aparecido de manera tan abrumadora en las reacciones populares a la Guerra de Gaza de 2023. El tema dominante ha sido la conexión del antisemitismo con el antisionismo, en que el primero es la causa del segundo. Así, en los campus universitarios estadounidenses, las marchas pro-palestinas han sido atribuidas al antisemitismo sin apenas o ningún examen. Ciertamente, cantar una frase como “Del río al mar, Palestina será libre” puede interpretarse como antisemita, si se entiende como un deseo de expulsar al pueblo judío que vive allí. De manera alternativa, puede considerarse meramente un llamamiento en favor de un futuro político para un grupo de personas a las que hasta ahora se les ha negado cualquier tipo de sistema político independiente tanto por parte de los Estados árabes vecinos como de los gobiernos israelíes. La primera parte del lema también se ha utilizado para reivindicar un Gran Israel (*Greater Israel*). Y de nuevo, no lejos de donde vivo, un enfrentamiento entre dos grupos de manifestantes rivales que ondeaban las dos banderas provocó la muerte de un anciano como resultado de un golpe en la cabeza. Aún no está claro si fue intencionado o consecuencia de los empujones. Pero la prensa local y los informativos de televisión lo interpretaron de la misma manera, como un incidente antisemita. Resulta que el anciano era judío y agitaba una bandera israelí. *Ipsa facto*, protestar contra las acciones israelíes o a favor de la “causa” palestina se define como antisemita.

La presunta cualidad de inmanejable del conflicto palestino-israelí es antigua. Obviamente, ambas partes reclaman más o menos el mismo territorio que hasta 1948 nunca había sido el de ningún Estado reconocible en el sentido europeo moderno de la palabra. Gran parte de la población era árabe, tanto musulmana como cristiana, pero también había otros grupos indígenas, incluidos judíos y drusos. La estrecha asociación del territorio con importantes lugares simbólicos de las tres religiones monoteístas (el judaísmo, el cristianismo y el islam) ha hecho que el conflicto sea aún más hostil debido a las connotaciones sagradas que se le pueden atribuir. Ambas partes plantean no sólo demandas territoriales opuestas, sino también argumentos opuestos sobre la soberanía territorial y el derecho a gobernarla (Kahn, 2008). Cuanto más dura el conflicto, más inmanejable se vuelve. En manos de los recientes gobiernos israelíes, el propio sionismo ha pasado gradualmente de ser una reivindicación de un Estado para los judíos que buscan refugio a una reivindicación de ser un Estado judío (Trom, 2023). En otras palabras, Israel ha pasado de ser un Estado refugio a ser un Estado etnonacionalista. Parte de esta situación probablemente dependa de la creciente importancia en la política israelí de un sionismo religioso mesiánico sin raíces en el sionismo más secular original de finales del siglo XIX. Pero también refleja las iniciativas de Netanyahu y otros políticos israelíes para unir a una población judía que se ha convertido en cada vez más diversa en lo que se refiere a sus lugares de origen y prácticas religiosas (Irán, el mundo árabe, Etiopía...) al presentar a los palestinos como oponentes fanáticos del judaísmo más que desde la dominación política israelí. En consecuencia, los enclaves palestinos se han visto cada vez más vaciados por una colonización progresiva, como en Cisjordania, o por el encierro de personas en recintos, como en Gaza (Agnew, 1989; Chotiner, 2023b; Chazan, 2023; Filieu, 2014). Entonces, la intratabilidad tiene una base ontológica

importante. No podemos limitarnos a negociarla. Pero sí importa cómo debatimos sobre el conflicto. Las identidades israelí y palestina pueden cambiar en respuesta al agotamiento político y la discordia interna (entre israelíes seculares y ultraortodoxos y el islamista Hamás y la ANP secular, por ejemplo). El lenguaje utilizado también es importante porque puede fomentar oposiciones simplistas que luego cosifican a las “partes” del conflicto como adversarios permanentes en lugar de interlocutores potenciales. En cuanto que son los participantes más poderosos, los gobiernos israelíes han sido especialmente culpables al mantener la agitación del conflicto, en parte porque han utilizado la maldición del antisemitismo como excusa para sus fallos ante una injusticia evidente (Shulman, 2023).

4. La combinación de términos *versus* su historia real

La sabiduría convencional considera que el sionismo y el antisemitismo son incompatibles. La suposición evidente es que Israel y el pueblo judío, dondequiera que esté, constituyen una identidad. En consecuencia, en relación con lo que se ha convertido en la historia estándar, carece totalmente de lógica que el antisemitismo y el sionismo sean compatibles entre sí. Recordemos que el antisemitismo no es sólo un prejuicio social contra el pueblo judío sino una visión conspirativa de su papel político mundial. Por eso, es habitual en los principales medios de comunicación y en los debates académicos en Estados Unidos y otros lugares, incluido Israel, alinear el antisemitismo al antisionismo. De hecho, están totalmente asociados (Beinart, 2023). No se trata de que no puedan estar relacionados a veces, como se mencionaba anteriormente. No obstante, lo más destacable es lo poco que lo están.

Tanto hoy en día como históricamente el sionismo y el antisemitismo han tenido una relación mucho más estrecha. Es mucho más común que la supuesta identidad entre antisionismo y antisemitismo. Peter Beinart (2023) señala un ejemplo provocativo de su supuesta coexistencia reciente en Estados Unidos:

En noviembre pasado [2022], la Organización Sionista de América (ZOA) otorgó a Donald Trump su más alto honor, el Medallón de Oro Theodor Herzl. Nueve días después, el expresidente cenó con dos de los antisemitas más destacados de Estados Unidos, el rapero Kanye West y el provocador nacionalista blanco Nick Fuentes.

Al señalar la proximidad de los dos eventos, Isaac Chotiner del *The New Yorker* le hizo al presidente de la ZOA, Morton Klein, una pregunta incómoda: ¿podría Trump estar entre esas “personas que, por cualquier razón, simpatizan con Israel pero no les gustan los judíos?” Klein rechazó la sugerencia. Entonces Beinart (2023) sigue presionando. El apoyo de Trump a Israel, bien establecido durante su mandato, y su hostilidad claramente expresada hacia los judíos estadounidenses como grupo, no son contradictorios sino que surgen del mismo impulso:

Admira a los países que aseguran un dominio étnico, racial o religioso. Le gusta Israel porque su sistema político defiende la supremacía judía; le molestan los judíos estadounidenses porque la mayoría de ellos se oponen a la supremacía cristiana blanca que está tratando de fortalecer aquí.

Incluso con un yerno judío y una hija judía conversa, Trump no ve ninguna contradicción en apoyar a Israel más o menos incondicionalmente y denunciar a los judíos estadounidenses como agentes del “globalismo” y de complots para alentar una inmigración sin límites a Estados Unidos. Cuando los neonazis en una manifestación en Charlottesville, Virginia, en 2017, corearon “Los judíos no nos reemplazarán” —lo que representa la idea de que los judíos respaldan la “sustitución” de los “verdaderos” estadounidenses de ascendencia del noroeste de Europa por una infinidad de inmigrantes—, el mensaje fue tan claro como el día. Trump asintió y les guiñó un ojo. El primer ministro israelí Netanyahu guardó silencio (Field, 2017).

La falta de contradicción entre antisemitismo y prosionismo es un fenómeno profundamente arraigado. Henry Ford se convirtió en un importante portavoz del antisemitismo en Estados Unidos en la década de 1920 (Schulman, 2023), y este hecho no careció de importancia en las decisiones posteriores para mantener a los refugiados judíos del régimen nazi de Hitler fuera de Estados Unidos y dirigirlos a otros lugares. El Secretario de Asuntos Exteriores británico, Lord Balfour, que proporcionó en su Declaración de 1917 el compromiso para la futura creación del Estado una vez que el Imperio otomano fuera derrotado, tenía, en el mejor de los casos, estereotipos contradictorios sobre los judíos, pero significativamente “no creía que los judíos pudieran integrarse en la sociedad de los gentiles británicos” (Schneer, 2010). Actualmente se le elogia en Israel como una figura heroica. Sin embargo, su entusiasmo por el sionismo era la solución alternativa a la “cuestión judía”.

Lo que es más importante, y este es un aspecto señalado por numerosos comentaristas de la historia del sionismo, como Finkelstein (2020) y Schneer (2010), esta síntesis no es simplemente la de Trump u otros políticos etnonacionalistas contemporáneos. El nacimiento del sionismo en la Europa del siglo XIX fue el resultado directo de un antisemitismo generalizado basado en temores de que el cosmopolitismo judío perjudicara la pureza étnica y religiosa y desde entonces ha atraído el apoyo de exactamente los mismos sectores populistas-nacionalistas. Así pues, Israel sirve como ejemplo de lo que les gustaría ser: Estados etnonacionales sin minorías étnicas desordenadas como judíos, musulmanes, distintos inmigrantes u otros con identidades que no encajan en un determinado molde específico. Si tan solo pudiéramos expulsarlos o encerrarlos como en Gaza (véase, por ejemplo, Savage, Haberman y Swan, 2023).

5. Algunos ejemplos de antisemitismo/prosionismo y nacionalismo populista contemporáneos

Una amplia investigación empírica llevada a cabo recientemente en Europa y Estados Unidos muestra de manera convincente que la hostilidad hacia Israel y la hostilidad hacia los judíos como personas en realidad están inversamente correlacionadas (Kovacs y Fischer, 2021; Hersh y Royden, 2023). La xenofobia es lo que une la hostilidad hacia los judíos y el prosionismo. Son los judíos de aquí frente a los de allí. Si tan solo todos fueran de allí. Normalmente, este sentimiento es mucho más fuerte en la derecha del espectro político que se define cada vez más en términos nacionalistas-soberanistas. Si la izquierda es a menudo más abiertamente antisionista, también es mucho menos antisemita. Sin embargo, en Estados Unidos en particular, que tiene una población judía relativamente grande, cualquier deseo de hacer

que el país se parezca más a Israel también choca con el hecho de que muchos judíos se encuentran entre los opositores más destacados del nacionalismo cristiano que se ha apoderado del partido republicano junto a Donald Trump (Pew Research Center, 2019; PPRI, 2023; Bump, 2024b). “Nuestros” judíos son entonces un problema. Se los considera popularmente como representantes del “globalismo” contra el que se enfurecen Trump y sus secuaces, como Steve Bannon (véase, por ejemplo, Zimmer, 2018). En uno de los anuncios finales de su campaña electoral presidencial de 2016, como señala Peter Beinart (2023): “Trump llenó la pantalla con imágenes de tres judíos – [George] Soros, Janet Yellen y Lloyd Blankfein – mientras el narrador advertía sobre ‘intereses especiales globales’ que ‘no tienen tu bien en mente’”. De hecho, George Soros y sus *Open Society Foundations* presentan constantemente, desde Hungría hasta Estados Unidos, consideraciones populistas-nacionalistas de lo que amenaza su herencia y sus valores.

Todo esto es parte de un patrón en la política contemporánea en todo el mundo:

Las conspiraciones oscuras, antes confinadas a los locos marginales de la política, se plantean abiertamente. “Algo está pasando” proporciona un vacío retórico en el que los oyentes pueden dar su propia respuesta con cualquier amenaza o miedo de desafío o diferencia de los inmigrantes, judíos, musulmanes, terroristas islamistas, la Unión Europea, la competencia económica china, etc., lo que elijan. La memoria colectiva de a dónde llevó al mundo esta mentalidad conspirativa en la década de 1930 se ha perdido (Agnew y Shin, 2020, p.5).

En Estados Unidos, esto puede llevar a que algunos de los políticos más rabiosamente antisemitas, como Marjorie Taylor-Greene, alienen la censura de colegas, como Rashida Tlaib, por cuestionar el apoyo del gobierno estadounidense al bombardeo israelí de Gaza (véase, por ejemplo, Luce, 2023b). La creciente identificación del Partido Republicano estadounidense con el nacionalismo cristiano se basa en una historia mítica de la que los judíos y otros grupos étnicos disconformes están en gran medida excluidos (Jones, 2023). Steve Bannon, uno de los principales propagandistas de esta ideología, combina un antisemitismo basado en afirmaciones sobre una conspiración globalista con una posición militante proisraelí (Mackey, 2016; Zimmer, 2018). Uno de los oradores invitados a la mayor manifestación pro-israelí de Estados Unidos en Washington DC tras la guerra de Gaza el 14 de noviembre de 2023 fue un pastor nacionalista cristiano (John Hagee) que también es rabiosamente antisemita pero de la variedad del “sionismo cristiano”: una vez que la Tierra de Israel esté completamente judaizada, el Mesías volverá, pero para los cristianos “correctos”, no para los judíos (Carnell y Van Pykeren, 2023). Muchos políticos israelíes, particularmente aquellos de la derecha colonial de colonos mesiánicos, están contentos de recibir este apoyo. Como dice Ian Buruma (2023): “El primer ministro israelí Benjamin Netanyahu y los miembros aún más radicales de su gabinete tienen mucho en común con las figuras nacionalistas de derecha de Europa y Estados Unidos a las que se han alineado”.

Más allá de las costas estadounidenses, y en Francia, el país europeo con la mayor población judía y musulmana, la tendencia en los medios de comunicación y entre los políticos es atribuir los incidentes antisemitas a la antipatía que sienten los musulmanes hacia los judíos, más que al hecho de que en el conjunto de la población el intenso sentimiento antijudío corresponda, al contrario que en la mayoría de los

musulmanes, a una perspectiva proisraelí (véase, por ejemplo, Piser, 2018; Porter y Alderman, 2023). En toda Europa central y oriental prevalece un patrón similar. Mucho antes de la Guerra de Gaza, el antisemitismo estaba aumentando e iba *acompañado* de una creciente afiliación con Israel. Como explica Ivan Krastev (2019), esto no es solo una *realpolitik* superficial, aunque lo parezca, ya que Israel utiliza a “amigos” de la Unión Europea, y ellos el estatus de Israel como economía dinámica que cuenta con amigos en Washington D.C. Más bien, líderes populistas como Viktor Orbán en Hungría ven en Israel un modelo para su propio futuro:

El sionismo en muchos aspectos era el reflejo de la política nacionalista —y a menudo antisemita— que dominó Europa central y oriental entre las dos guerras mundiales. Lo que hoy atrae a los populistas de Europa del Este a Israel es su viejo sueño hecho realidad: Israel es una democracia, pero una democracia étnica; se define a sí misma como un Estado para los judíos de la misma manera que los europeos del Este imaginan sus países como un Estado para los polacos, húngaros o eslovacos.

Ahora que los judíos son nacionalistas, su cosmopolitismo histórico ya no representa una amenaza. Despojados de su presencia imprecisa, en Israel se convierten en un modelo a seguir.

6. La tragedia del Estado-nación

La política popular y la filosofía política están muy involucradas en un mundo dividido en Estados-nación. Se dice que la legitimidad política y la participación democrática descansan en sus fundamentos duales de nación y Estado: el primero, un grupo social evidente con una identidad reivindicada común, y el segundo, un aparato de gobierno territorializado. Sin embargo, en todo el mundo, esta combinación rara vez se ha producido sin una limpieza étnica masiva, intercambios de población, supresión de los derechos de las minorías, etc. (véase, por ejemplo, Wade, 2024; y en este número de la revista, Megoran, 2024). Nuestro ídolo político tiene los pies de barro (Cocks, 2014; Agnew, 2021). La condición de Estado-nación para algunos a menudo requiere que se elimine para otros. Ésta ha sido la larga historia del llamado Reino Unido, por ejemplo, pero la historia de los asentamientos coloniales y los desplazamientos étnicos está más extendida por todo el mundo. La progresiva expropiación del territorio palestino por colonos israelíes en Cisjordania tiene, por tanto, una prehistoria en la forma en que los colonos británicos incorporaron partes de Irlanda y los gobiernos británicos despoblaron las Tierras Altas de Escocia. Desde esta perspectiva, el Estado sionista es una réplica perfecta de la forma europea idealizada que se proyecta al resto del mundo. Esta es la tragedia del Estado-nación: la condición de Estado-nación de Israel requiere el bloqueo sistemático de un potencial Estado-nación palestino para mantener su insistente pretensión de ser un Estado-nación (Amir, 2017). La tragedia de Israel y de los palestinos por igual es la tragedia del Estado (etno)nacional. Ambos son herederos de su lógica territorializada excluyente.

Es en este contexto donde se entiende mejor la Guerra de Gaza. Hamás era, como dice Yossi Klein Halevi (2023), “el más débil de nuestros enemigos, y debido a que el ejército [israelí] fracasó tan estrepitosamente”, por lo tanto, y a consecuencia del

Estado-nación, ahora es mejor “ser condenado” [por las represalias masivas en Gaza] que ser compadecido”. La lástima es para los perdedores en la condición de Estado-nación, como los palestinos. Esto es justificable de forma razonable en el marco de las desgracias que sufrió el pueblo judío durante el Holocausto, pero ahora que existe un Estado-nación que afirma representar a todos los judíos es intrínsecamente problemático. Sin embargo, el gobierno de Netanyahu no protegió las fronteras de Israel ni a sus ciudadanos (véase, por ejemplo, Benn, 2023; Benn, 2024; Mazower, 2023; Yadlin y Evental, 2023; Goldman *et al.*, 2023). Entonces no hay nada especial en un nacionalismo israelí basado en el miedo y el odio hacia los demás, por muy terribles y aterradores que puedan ser los agentes de Hamás. El grupo ultrasunita Hamás es de hecho el resultado nihilista de los catastróficos fracasos del nacionalismo árabe —¿por qué, de entre todos los países, se alían ahora con el herético Irán chiíta a no ser por el abandono de los Estados árabes vecinos?—, y durante catorce años la política de los gobiernos israelíes ha sido la de mantener a Hamás en el poder en Gaza para dividir a los palestinos en su conjunto y mantener al primer ministro Netanyahu en el cargo (Raz, 2023; Pfeffer, 2024). Al mismo tiempo, el propio Israel se ha dividido políticamente cada vez más en torno al equilibrio de autoridad dentro de sus instituciones —en especial el papel de la Corte Suprema— en medio de un conflicto creciente entre aquellos israelíes que lo consideran al menos potencialmente un Estado multiétnico o que tenga un Estado vecino palestino (véase, por ejemplo, Azizi, 2023; Shulman, 2023) y otros, como el actual Ministro de Seguridad Nacional, Itamar Ben-Gvir. Él considera que la identidad nacional es de una naturaleza completamente racial (Buruma, 2023). Este “racismo judío” se inspira en figuras nacionalistas de la derecha en Europa y Estados Unidos —la mayoría de las cuales también son antisemitas— y alimenta la narrativa de suma cero de Hamás sobre la lucha a muerte por quién debería controlar el mismo territorio. Es un impulso definitivo para el resurgimiento general del yihadismo islámico, pase lo que pase al final con Hamás (*Economist*, 2024).

Es poco probable que la guerra de Gaza resuelva el conflicto palestino-israelí en términos de creación de Estados que satisfaga a alguno de ellos (véase, por ejemplo, Cook, 2023). Mientras tanto, por supuesto, se sacrifican vidas de personas por esta jerga identitaria (*shibboleth*) (Slaughter, 2024). Mientras los gobiernos estadounidenses apoyen la “soberanía” israelí con envíos masivos de armas, su seguridad básica estará más o menos garantizada. No obstante, lo más trágico y subyacente a la actitud despreocupada hacia el asesinato de tanta gente en Gaza, es que el ímpetu racista del actual gobierno de Israel también está totalmente en desacuerdo con la tradición cosmopolita judía del siglo XIX y principios del XX. También está cada vez menos en conexión con un mundo que requiere una mayor gobernanza global si quiere sobrevivir a los numerosos desafíos físicos y económicos que deberá abordar en los años venideros. Para ello no hay que rechazar el Estado territorial como tal (véase, por ejemplo, Boyarin, 2023), pero sí que es preciso separar el aparato territorial del gobierno de la identificación con un único grupo étnico-nacional. Para ambas partes, el conflicto consistirá cada vez más en la atracción del pasado frente al llamamiento del futuro, y no solo en Israel-Palestina sino también en todos los lugares donde Israel es ahora el modelo a seguir para los etnonacionalistas (Agnew, 2023a).

Referencias bibliográficas

- Agnew, J. (1989). Beyond reason: spatial and temporal sources of ethnic conflicts. En L. Kriesberg *et al.* (Eds.), *Intractable Conflicts and their Transformation* (pp. 41-52). Syracuse, NY: Syracuse University Press.
- Agnew, J. (2021). The nation-state in a global world. En V. Cicchelli y S. Mesure (Eds.), *Cosmopolitanism in Hard Times* (pp. 305-316). Leiden: Brill.
- Agnew, J. (2023a). *Hidden Geopolitics: Governance in a Globalized World*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Agnew, J. (2023b). Vladimir Putin's territorial trap. En G. Daho y Y. Richard (Eds.), *War, State and Sovereignty* (pp. 43-70). Londres: Palgrave Macmillan.
- Agnew, J., y Shin, M. (2020). *Mapping Populism: Taking Politics to the People*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Ahithuv, N. (2024). How Messianic radicals came to control Israel – and Netanyahu. *Haaretz*, 2 de marzo.
- Amir, M. (2017). Revisiting politicicide: State annihilation in Israel/Palestine. *Territory, Politics, Governance*, 5(4), 368-387.
- Akenson, D. H. (1992). *God's Peoples: Covenant and Land in South Africa, Israel, and Ulster*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Avishai, B. (2024). Israel's war within. *Harper's Magazine*, febrero.
- Azizi, A. (2023). The one-state delusion. *Atlantic*, 15 de noviembre.
- Bartlett, R. (1993). *The Making of Europe: Conquest, Colonization, and Cultural Change, 950-1350*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Beinart, P. (2023). Anti-Semitic Zionists aren't a contradiction in terms. *Jewish Currents*, 10 de enero.
- Benn, A. (2023). Netanyahu ignored all the warnings and looming threats, He's primarily responsible for the calamity. *Haaretz*, 22 de noviembre.
- Benn, A. (2024). Israel's self-destruction. *Foreign Affairs*, Marzo/Abril.
- Boyarin, D. (2023). *The No-State Solution: A Jewish Manifesto*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Bump, P. (2024a). Why is the simplest explanation of campus protests so hard to accept? *Washington Post*, 6 de mayo.
- Bump, P. (2024b). The overlap of Trumpism and Christian nationalism. *Washington Post*, 29 de febrero.
- Buruma, I. (2023). Israel's flirtation with anti-Semites. *Project Syndicate*, 8 de mayo.
- Carnell, H., y Van Pykeren, S. (2023). He claimed God sent Hitler to create Israel. Now he's speaking at the pro-Israel rally, What? *Mother Jones*, 14 de noviembre.
- Chazan, G. (2023). Settlers seize on Hamas attack to take more West Bank land. *Financial Times*, 16 de noviembre.
- Chotiner, I. (2023a). Where does anti-Semitism come from? *New Yorker*, 7 de noviembre.
- Chotiner, I. (2023b). The extreme ambitions of West Bank settlers. *New Yorker*, 11 de noviembre.
- Cocks, J. (2014). *On Sovereignty and Other Political Delusions*. Londres: Bloomsbury.
- Cook, S. A. (2023). This war won't solve the Israel-Palestine conflict. *Foreign Policy*, 11 de noviembre.
- Dixon, R. (2024.) Under Putin, a militarized new Russia rises to challenge the U.S. and the West. *Washington Post*, 6 de mayo.
- Economist* (2024) Beware, global jihadists are back. *Economist*, 4 de mayo.

- Field, L. (2017). Anti-Semitism and pro-Israel politics in the Trump era: Historical antecedents and contexts. *MERIP*, 284(5), 52-54.
- Filieu, J-P. (2014). *Gaza: A History*. Londres: Hurst.
- Finkelstein, N. G. (2020). *Beyond Chutzpah: On the Misuse of Anti-Semitism and the Abuse of History*. Londres: Verso.
- Friedman, T. L. (2024). A titanic geopolitical struggle is underway. *New York Times*, 25 de enero.
- Goldman, A., Bergman, R., Mazzetti, M., Odenheimer, N., Cardia, A., Tiefenthäler, A., y Frenkel, S. (2023). Where was the Israeli military? *New York Times*, 30 de diciembre.
- Halevi, Y. K. (2023). What this war is about. *Times of Israel*, 17 de octubre.
- Hersh, E., y Royden, L. (2023). Antisemitic attitudes across the political spectrum. *Political Research Quarterly*, 76(2), 697-711.
- Hill, E., Piper, L., Kelly, M., y Ley, J. (2023). Israel has waged one of this century's most destructive wars in Gaza. *Washington Post*, 23 de diciembre.
- Hobsbawm, E. J. (2012). *Nations and Nationalism since 1780* (2ª ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hortocollis, A., y Saul, S. (2023). After anti-Semitic attacks, colleges debate what kind of speech is out of bounds. *New York Times*, 9 de noviembre.
- Jones, R. P. (2023). *The Hidden Roots of White Supremacy and the Path to a Shared American Future*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Kahn, P.W. (2008). *Sacred Violence: Torture, Terror, and Sovereignty*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Klug, B. (2004). The myth of the new Anti-Semitism. *The Nation*, 2 de febrero.
- Kovacs, A., y Fischer, G. (2021). *Antisemitic Prejudices in Europe*. Budapest: IPSOS.
- Krastev, I. (2023). Why do central European nationalists love Israel? *New York Times*, 18 de marzo.
- Luce, E. (2023a). Netanyahu is an albatross around Biden's neck. *Financial Times*, 1 de noviembre.
- Luce, E. (2023b). The dumb censure of Rashida Tlaib. *Financial Times*, 10 de noviembre.
- Mackey, R. (2016). Steve Bannon made Breitbart a space for pro-Israel writers and anti-Semitic readers. *The Intercept*, 16 de noviembre.
- Mazower, M. (2023). There is a crisis of confidence in Israel and Zionism. *Financial Times*, 22 de noviembre.
- Megoran, N. (2024). Is the Ukraine War a Territorial Dispute? Geographical Contributions to Understanding and Resolving the Russo-Ukrainian Conflict. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 15(1), 33-57.
- Moser, B. (2024). Anti-Zionism isn't the same as antisemitism. *Washington Post*, 2 de enero.
- Neiss, D. (2021). Anti-Semitism and Israel: right-wing Zionists play a deadly word game. *Salon*, 24 de enero.
- Paul, A. (2023). Conflating Jewish and pro-Israel is wrong and misleading. *Fair*, 6 de noviembre.
- Pew Research Center. (2019). Looking to the Future, Public Sees an America in Decline on Many Fronts. *Pew Research Center*, marzo.
- Pfeffer, A. (2024). Benjamin Netanyahu is Israel's worst Prime Minister ever. *Atlantic*, 27 de marzo.
- Pinsky, M. I. (2024). No one has exclusive claim to the Holy Land. *The Hill*, 23 de abril.
- Piser, K. (2018). What France means when it talks about "anti-Semitism". *New Republic*, 15 de agosto.

- Porter, C., y Alderman, L. (2023). Over 100,000 march in France against anti-Semitism. *New York Times*, 12 de noviembre.
- PPRI. (2023). Threats to American Democracy Ahead of an Unprecedented Presidential Election. *PPRI*, 25 de octubre.
- Raz, A. (2023). A brief history of the Netanyahu-Hamas alliance. *Haaretz*, 20 de octubre.
- Rosenberg, Y. (2022). Why so many people still don't understand anti-Semitism. *Atlantic*, 19 de enero.
- Rosenberg, Y. (2023). When anti-Zionism is anti-Semitic. *Atlantic*, 8 de noviembre.
- Rothschild, M. (2023). *Jewish Space Lasers: The Rothschilds and 200 Years of Conspiracy Theories*. Nueva York: Melville House.
- Savage, C., Haberman, M., y Swan, J. (2023.) Sweeping raids, giant camps and mass deportations: inside Trump's 2025 immigration plans. *New York Times*, 11 de noviembre.
- Schneer, J. (2010). How Anti-Semitism helped create Israel. *Foreign Policy*, 8 de septiembre.
- Schulman, D. (2023). America's most dangerous anti-Jewish propagandist. *Atlantic*, 7 de noviembre.
- Schwabsky, B. (2023). Tomorrow's Anti-Semitism today. *The Nation*, 21 de noviembre.
- Serwer, A. (2023). Don't equate anti-Zionism with anti-Semitism. *Atlantic*, 3 de noviembre.
- Shulman, D. (2023). Déjà vu in Israel. *New York Review of Books*, 11 de octubre.
- Slaughter, A-M. (2024) Gaza-Israeli peace will come only by putting people before states. *Guardian*, 25 de abril.
- Smith, Z. (2024). Shibboleth: In the campus protests over the war in Gaza, language and rhetoric are – as they have always been when it comes to Israel and Palestine – weapons of mass destruction. *New Yorker*, 5 de mayo.
- Trom, D. (2023). *L'État de l'exil. Israël, les juifs, l'Europe*. París: PUF.
- Wade, F. (2024). The idea of the nation-state is synonymous with genocide. *The Nation*, 9 de enero.
- Yadlin, A., y Evental, U. (2023). Why Israel slept: The War in Gaza and the search for security. *Foreign Affairs*, 21 de noviembre.
- Zimmer, B. (2018). The origins of the "Globalist" slur. *Atlantic*, 14 de marzo.
- Zonszein, M. (2019). How the Right has tried to rebrand Anti-Semitism. *New York Review of Books*, 4 de septiembre.